

CONCLUSIONES SINTÉTICAS

I.—El conocimiento de la realidad es un resultado natural de la experiencia empírica, siempre relativa y limitada. La imaginación permite exceder sus datos, formulando hipótesis que parten de ella y en ella buscan su ratificación. Una ciencia, en cada momento de su formación, expresa las leyes de su experiencia actual y las hipótesis de su experiencia posible. La experiencia, fundamento de las ciencias, ha sido también la base de toda filosofía. No hay ciencia sin hipótesis; no hay filosofía sin experiencia. Su formación natural es progresiva. El ritmo particular de las ciencias y de las filosofías puede no concordar en ciertas épocas por la disparidad de métodos usados para tratar los problemas respectivos; pero, en general, la formación de ambas sigue el ritmo de la experiencia y se efectúa en función del medio social.

La filosofía científica es un sistema de hipótesis fundado en las leyes más generales demostradas por las ciencias particulares para explicar los problemas que exceden a la experiencia actual o posible. Es un sistema en formación continua. Tiene métodos, pero no tiene dogmas. Se corrige a medida que varía el ritmo de la experiencia. Elaborada por hombres que evolucionan en un ambiente que evoluciona, representa un equilibrio inestable entre la experiencia que crece y las hipótesis que se rectifican. Los resultados más generales de las ciencias convergen a demostrar tres hipótesis funda-

mentales: la unidad de lo real, su evolución incesante y el determinismo de sus manifestaciones. Ellas deben aplicarse a resolver los problemas metafísicos: origen de la materia, de la vida y del pensamiento.

Toda ciencia se caracteriza por la impersonalidad de sus métodos, que son resultados naturales de la experiencia; toda filosofía se caracteriza por la unidad sistemática de sus hipótesis. El intuicionismo considera que los problemas metafísicos son inaccesibles mediante los métodos científicos; el criticismo considera que la realidad es heteromorfa y escapa a toda explicación unitaria o sistemática. La filosofía científica tiende, en cambio, a ser un sistema de hipótesis fundadas en la experiencia y se propone explicar lo desconocido partiendo de lo conocido: es una metafísica de la experiencia.

II.—La formación natural de la materia viva puede explicarse mediante una hipótesis unitaria, evolutiva y genética.

Partiendo de las hipótesis más generales de la energética moderna acerca de la constitución de la materia, sus diversas formas o estados pueden concebirse como una serie no interrumpida de condensaciones energéticas, derivadas las unas de las otras por la transformación de su estructura atómico-molecular (morfogenia) y caracterizadas por la adquisición de propiedades (fisiogenia) que permiten diferenciarlas. Los estados de la materia actualmente conocidos son jalones de una serie cuyos términos en parte ignoramos, y que podrán descubrirse con el tiempo.

Los estados de la materia, evolutivos en serie continua, constituyen «especies» de materia, cuya estructura y propiedades «evolucionan» en períodos de tiempo que no pueden medirse con relación a la vida del hombre; por esto sus transformaciones escapan a la físico-química, y la ciencia puede ocuparse de los estados que se presentan a nuestra experiencia actual como si su estructura y sus propiedades fuesen invariables.

El estudio genético de los seres vivientes revela que todas las «variedades» de protoplasmas constituyen una «especie» físico-química única, en cuya estructura domina el estado coloidal y entre cuyas funciones es esencial la asimilación; el uno y la otra aparecen ya en ciertos estados de la materia no viviente, convergiendo en

ésta a través de la «evolución» de las especies de la materia». Sus «variaciones» determinan innumerables «formas de equilibrio» representadas por las especies biológicas, variando al mismo tiempo sus «funciones de adaptación».

La formación experimental de la materia viva es inverosímil por ignorarse la «filogenia» de las especies de la materia. En cambio, su formación natural puede considerarse un resultado permanente de la «variabilidad» de las «especies» de materia más inmediatas a ella por su estructura y sus funciones, aunque escape a nuestra experiencia actual por su extensión en el tiempo.

III.—Las funciones biológicas son el resultado de incesantes permutas energéticas en sistemas estacionarios. Los desequilibrios energéticos del medio determinan desequilibrios en los organismos. La capacidad de restablecer el equilibrio depende de la asimilación, que acumula energía y restaura un desprendimiento necesarios para la adaptación. Definimos la excitación como una modificación de las condiciones de equilibrio físico-químico de un organismo, por la acción de las energías que actúan sobre él desde el medio en que vive. Definimos el movimiento como un desprendimiento de energía acumulada en los seres vivos para restablecer el equilibrio modificado por la excitación. Existen tantas formas elementales de excitabilidad y motilidad cuantas son las especies de energía que actúan sobre los seres vivos y modifican sus condiciones de equilibrio físico-químico. Los organismos pluricelulares actúan como baterías de acumuladores energéticos.

Las condiciones de equilibrio energético entre una especie química y su medio determinan sus caracteres morfológicos; las formas de los seres vivos dependen de las condiciones de equilibrio propias de la constitución química de sus protoplasmas, con relación a las de su medio. Las variaciones de la constitución química son correlativas a las variaciones morfológicas: los organismos vivos poseen la forma determinada por sus condiciones de equilibrio energético.

En el curso de la evolución biológica, las funciones psíquicas son funciones de adaptación al medio. Su formación natural es continua, a partir de las propiedades

elementales de la materia viva: la excitabilidad y la motilidad. El desarrollo de toda función se acompaña de variaciones de la estructura orgánica: en cada momento del desarrollo, la forma de los órganos representa el grado de la función, alcanzando en los vertebrados superiores una complicada arquitectura neurológica. La «ley biopsíquica fundamental» establece la correlación estricta entre el grado de las funciones psíquicas y la estructura de los órganos que las desempeñan.

La propiedad de conservar una modificación estructural como consecuencia de todo desequilibrio energético precedente, constituye la «memoria», condición esencial para la formación natural de la «experiencia». Toda excitación relacionada con la experiencia anterior, es «sensación». Las variaciones funcionales y modificaciones estructurales producidas en el curso de la evolución de las especies, constituyen la «experiencia filogenética»; en el curso de la evolución de los grupos sociales, la «experiencia sociogenética»; en la evolución de los individuos, la «experiencia ontogenética».

IV.—Las funciones psíquicas se desarrollan de manera progresiva y continua en el curso de la evolución de las especies, sin que varíe su unidad y su esencia; son funciones destinadas a la adaptación de los seres vivos a su medio. Presentan diferencias de grado, condicionadas por la suma de experiencia adquirida por cada especie, pero no diferencias de naturaleza: sus términos extremos son la irritabilidad protoplasmática y la imaginación creadora.

La evolución de las funciones psíquicas es concomitante con la evolución de los órganos que las ejercen: ley biogenética. Las enormes diferencias de grado que observamos en las diversas especies, corresponden a diferencias enormes de evolución morfológica. La filogenia psíquica y la filogenia orgánica son correlativas.

La continuidad de la formación natural de las funciones psíquicas impone aplicar a su estudio el criterio genético. Todos los resultados de la psicología comparada convergen a demostrar la descendencia mental del hombre en concordancia con el transformismo.

V.—La sociología estudia la evolución de nuestra especie animal en un medio propicio a su existencia y reproduc-

ción. Las sociedades humanas son colonias animales que poseen las funciones y la organización mejor adaptadas a las condiciones del medio en que viven, variando de acuerdo con éstas. Los fenómenos económicos son un caso particular de los biológicos; la economía política es la aplicación a la especie humana de leyes biológicas que rigen la lucha por la vida en todas las sociedades animales.

Las funciones psíquicas colectivas se manifiestan como creencias y hábitos (costumbres), acompañados de una organización de la estructura social (instituciones). Las variaciones de las funciones mentales colectivas son correlativas a las variaciones de la organización social: ley biogenética. La continuidad de la experiencia social está representada por la herencia (tradición); sus transformaciones dependen de las variaciones adquiridas (innovación). El «progreso» es el perfeccionamiento de la adaptación funcional y estructural de una sociedad a las condiciones del medio en que vive.

Las funciones psíquicas colectivas se desarrollan de manera progresiva y continua, desde los pueblos primitivos a las sociedades civilizadas; la historia general de las creencias acompaña a la historia general de las instituciones. Cada sociedad particular reproduciría esa evolución general, si no difiriesen las condiciones del medio y de la raza. En las diversas clases sociales, coexistentes en una sociedad, permanecen estratificadas las etapas recorridas en la formación natural de la experiencia social.

En las sociedades, las funciones psíquicas tienen la misma significación «biofiláctica» que en el individuo. La moral y el derecho, que son las expresiones más típicas de las variaciones de la experiencia social en las costumbres y las instituciones, se presentan como una función y una organización destinadas a proteger la sociedad.

VI.—La formación natural de la personalidad está condicionada por el medio: la experiencia individual se forma en función de la experiencia social. La personalidad normal, aunque variable, es una desde el nacimiento hasta la muerte; distínguense en ella tres períodos: de organización, de perfeccionamiento y de involución. Las fun-

ciones psíquicas individuales no tienen un origen brusco, sino un desarrollo continuo; no aparecen, se forman progresivamente; no entran formadas del exterior al organismo, son producidas por el desenvolvimiento de tendencias potencialmente acumuladas por la herencia en los gérmenes reproductores.

En el fondo de la personalidad ya constituida subsisten las tendencias e inclinaciones hereditarias que constituyen la «mentalidad de la especie»; en sus formaciones secundarias refléjase la «mentalidad social»; las variaciones adquiridas por el individuo constituyen su «mentalidad individual».

La personalidad individual involucrena en orden inverso al de la formación de la experiencia; primero desaparecen sus variaciones originales, luego sus adquisiciones sociales y, finalmente, las tendencias congénitas.

En el desenvolvimiento individual, la evolución de las funciones psíquicas es concomitante con la de los órganos encargados de ejercitarlas: ley biogénica.

La desigualdad mental entre los individuos es el primer postulado de la psicología biológica. La diferenciación de los individuos, según su diversa educación, es el segundo. El tercer postulado es la variación continua de la mentalidad individual, que cesa con la muerte.

La herencia biológica constituye el temperamento y se traduce por tendencias. La educación constituye la experiencia individual, representada por hábitos adquiridos. La personalidad individual es el resultado de las variaciones de la herencia mediante la educación: constituye el carácter y se manifiesta por la conducta.

VII.—La «conciencia» no es una «entidad» inextensa e inmaterial, no es una «facultad» sintetizadora de los fenómenos psicológicos, no es un «epifenómeno» sobrepuesto a los fenómenos fisiológicos, no es una «fuerza directriz o creadora» de la actividad psíquica. La «conciencia», como *realidad*, no existe; sólo puede considerarse como la abstracción de una *cualidad*, común a ciertos fenómenos biológicos en determinadas condiciones.

Los antiguos filósofos y los psicólogos contemporáneos suelen designar confusamente como «conciencia» dos clases de procesos funcionales distintos: ciertos *fenómenos particulares conscientes* o «estados de concien-

cia» (en cuyo caso la «conciencia» es una cualidad extrínseca de los fenómenos y depende de sus relaciones con la experiencia precedente) y la *personalidad consciente* o «conciencia del yo» (en cuyo caso la «conciencia» es una síntesis continua de la experiencia individual).

La posibilidad y el grado de actividad consciente están condicionados por la suma de experiencia adquirida por cada especie en el curso de la evolución filogenética. La formación natural de la experiencia es determinada por la sistematización de variaciones de estructura y de función, fijadas en los seres vivos por la memoria, organizadas en hábitos y transmitidas hereditariamente como tendencias instintivas.

El carácter consciente de ciertos fenómenos biológicos depende de sus relaciones con la personalidad individual (la excitación sólo es sensación relativamente a la experiencia anterior y forma parte de la experiencia consecutiva); es una cualidad subordinada a particulares condiciones de la actividad cerebral, que se producen de acuerdo con las leyes más generales que rigen toda la realidad sometida a nuestra experiencia.

En la evolución filogenética y ontogenética, la actividad consciente es útil para las nuevas reacciones adaptativas de los seres vivos a las incesantes variaciones de su medio, implicando un perfeccionamiento de la función «biofiláctica» o protectora del organismo.

La «personalidad consciente» es una adquisición progresiva en el curso de la experiencia individual. La continuidad de la experiencia determina la unidad funcional de la personalidad, que es incesantemente variable como la experiencia misma.

VIII.—La función de pensar no es atributiva de una facultad especial, sino un resultado natural y sinérgico de la experiencia. Se desarrolla progresivamente y debe estudiarse con los métodos de la psicología genética: en la evolución de las especies, de las razas y de los individuos. La historia natural de las operaciones intelectuales sólo puede constituirse comparando las del hombre con las de otros animales, las del civilizado con las de los primitivos, las del adulto con las de los niños.

Mediante esa función biológica los seres vivos cono-

con las variaciones del medio inestable en que evolucionan; el conocimiento de la realidad es una formación natural en el curso de la experiencia. El pensamiento no es una entidad anterior a ella, no existe en sí; es un resultado de relaciones entre sus datos. Siendo variable la experiencia, el pensamiento está en formación continua.

Los modos reales de pensar son infinitos; no son esencialmente distintos, sino etapas progresivas de una serie continua, de lo simple a lo compuesto. En las especies animales inferiores, en las razas primitivas y en los niños, los razonamientos son simples; esas formas persisten en los hombres civilizados y adultos, junto a otras más evolucionadas. Existe una continuidad ininterrumpida entre las sensaciones, las imágenes genéricas, los juicios elementales y las formas superiores del razonamiento. Su resultado natural es la formación de creencias, que son sintéticas, sistematizadoras y dinámicas. Creer es la forma natural de pensar: la lógica biológica es una historia natural de las creencias. Los hombres creemos con anterioridad a la aplicación de las normas lógicas del razonamiento perfecto; toda nueva experiencia se hace a través de creencias ya preformadas e influye sobre la adquisición de la experiencia consecutiva.

Los razonamientos correctos son excepcionales: los habituales son extralógicos. Los modos reales de pensar están constituidos por razonamientos que la lógica clásica desdenaba: para ella el hombre sería un ser ilógico e irracional. Para la lógica biológica el hombre es un ser natural: estudia sus funciones. Los sistemas racionalistas, no fundados en la experiencia, son falsos, no corresponden a la realidad.

El resultado más alto de la función de pensar es la formación de ideales: la imaginación, partiendo de la experiencia, elabora creencias acerca del futuro perfeccionamiento humano. Un «ideal» es una hipótesis: se forma como ella y como ella sirve. Al antiguo idealismo dogmático que los espiritualistas ponen en las «ideas» absolutas, rígidas y aprioristas, la filosofía científica opone un *idealismo experimental* que se refiere a los «ideales» de perfección, incesantemente renovados, plásticos, evolutivos como la vida misma.

IX.—La psicología estudia funciones que se forman en el curso de la evolución biológica; es una ciencia genética y debe adoptar el *método genético*.

La observación de las funciones psíquicas puede efectuarse en condiciones semejantes a las que nos permiten observar las demás funciones biológicas. Todos sus métodos particulares son de observación: introspectiva y extrospectiva, directa y experimental, sensorial e instrumental. Su eficacia depende, en primer término, de las aptitudes personales del psicólogo, pudiendo variar en cada caso, desde la mediocridad hasta el genio.

La observación extrospectiva es el único método que puede extenderse a todas las formas de evolución de las funciones psíquicas. La observación introspectiva nos permite conocer una pequeña parte de las funciones psíquicas en la evolución individual. La observación experimental, previamente condicionada, no puede aplicarse sino a un número reducido de procesos psíquicos elementales de los individuos; en menor escala podemos ensayarla en otras especies animales y algunas veces en psicología social.

La observación extrospectiva es fundamental: la introspección y la experimentación son sus valiosos auxiliares.

X.—«La psicología es una ciencia natural que estudia las funciones psíquicas de los seres vivientes». Ese estudio no está restringido a las funciones conscientes, que son una parte de las psíquicas, ni a las humanas, que son una parte de su larga formación filogenética. Esas funciones son un resultado natural de la evolución biológica.

El paralelismo psicofísico no es una doctrina filosófica sino una actitud provisoria, que ha permitido conciliar doctrinas contradictorias para la adopción de un método particular. El «wundtismo» es innecesario y nocivo, en cuanto obsta a la formación de doctrinas generales definidas. La insuficiencia del experimentalismo no implica una insuficiencia de los métodos científicos, de los cuales sólo representa un aspecto, y no el más importante, dentro del método genético.

El neoidealismo ha restaurado el antiguo espiritualismo, adoptando los datos fundamentales de la psicología biológica, sin aceptar sus hipótesis. El «bergsonis-

mo» afirma la excelencia del método intuitivo en oposición al experimental; concibe la intuición filosófica como una facultad anterior a la experiencia y superior a la formación natural de las hipótesis científicas. En su aplicación a la psicología se resuelve de hecho en una rehabilitación, más o menos literaria, de la introspección y los antiguos métodos especulativos.

Frente a la estrechez filosófica de ciertos experimentalistas y a la insegura especulación de ciertos intuicionistas, la psicología biológica adopta el método genético para estudiar la formación natural de las funciones psíquicas, asentándose en la más vasta experiencia para construir las hipótesis filosóficas menos inseguras. Su fórmula actual, frente a aquellas tendencias y métodos, sería: «ni Wundt ni Bergson».

La psicología ocupa un rango inferior al de la biología dentro de la filosofía científica; pero, a su vez, comprende a todas las clásicas disciplinas filosóficas y sociales. Su experiencia no puede cimentar una explicación total del universo, pero sirve de base a una interpretación general de la función de pensar en todos los seres que piensan. El concepto biológico y el método genético ofrecen a los analistas una orientación general, que hará más fructuosos sus esfuerzos, y a los sintetizadores una base de experiencia cada vez más amplia y segura; marchando con paso distinto por un mismo camino, unos y otros, concurrirán a encuadrar las funciones psíquicas dentro de una explicación unitaria de la naturaleza.

ÍNDICE

	Págs.
PREFACIO	5
Cap. I.—La filosofía científica.	
I. La formación natural de las hipótesis según el ritmo de la experiencia.—II. Los problemas de la filosofía.—III. Las ciencias y los sistemas filosóficos.—IV. La constitución de la filosofía científica.—V. Las filosofías intuitivas y críticas.—VI. La filosofía científica es una metafísica de la experiencia.—Conclusiones.....	9
Cap. II.—La formación natural de la materia viva.	
I. Posición del problema en la filosofía científica.—II. La evolución de las doctrinas biogenéticas.—III. Condiciones morfogénicas y fisiogénicas de la evolución de la materia.—IV. Nueva hipótesis sobre la formación natural de la materia viva.—Conclusiones.....	47
Cap. III.—La energética biológica y las funciones psíquicas.	
I. Condiciones fundamentales de la energética biológica.—II. Morfogénica: el equilibrio energético y las formas de los organismos.—III. Fisiogénica: el equilibrio energético y las funciones de los organismos.—IV. Las funciones psíquicas en la evolución biológica: formación natural de la experiencia.—Conclusiones.....	83